

BERNARDO A. HOUSSAY

CONCEPTO DE LA UNIVERSIDAD

Como alma, como cuerpo,
como técnica y como
organización

(PARA "LA NACION")

Buenos Aires, Octubre de 1939.

EXORDIO

En este mes de Setiembre las autoridades de la Universidad Nacional de La Plata, encabezadas por su Rector el Dr. Guillermo E. Gallo, han de cumplir cuatro años de gobierno.

Este Centro de Estudios Endócrinos se constituyó en los albores de dicha gestión, gracias a la buena disposición de esas autoridades y del Poder Ejecutivo de la Provincia de Buenos Aires. Su trayectoria de labor contó en todo momento con el apoyo moral y material del Sr. Rector y sus colaboradores inmediatos, por lo que como expresión intelectual de reconocimiento, y en coincidencia con ese aniversario, sus investigadores, becarios y técnicos consideran propicia esta oportunidad para realizar una reedición del artículo "Concepto de la Universidad como alma, como cuerpo, como técnica y como organización" escrito en 1939 para el diario "La Nación" por nuestro compatriota Premio Nobel de Fisiología, el Profesor Bernardo A. Houssay; siendo de nuestro convencimiento que el contenido de dicho artículo, como toda expresión de sabiduría, continúa teniendo vigencia a pesar de los decenios transcurridos.

La presente es una impresión offset de la separata publicada por la Universidad Nacional de Cuyo en 1939, que fuera obsequiada al suscripto por su autor en 1967, en la que se pueden observar marcas y subrayados originalmente efectuadas por el insigne maestro.

La Plata, Setiembre de 1980.

Dr. Fermín C. Iturriza
Profesor Titular de la Cátedra de Histología "B"
Director del Centro de Estudios Endócrinos
Facultad de Ciencias Médicas, Universidad Nacional de La Plata

INVENTARIO BIBLIOTECA: 36898

SIGNATURA:

BERNARDO A. HOUSSAY

*Al Dr. Fermín Sturriço,
alto aprecio*

B. Houssay

CONCEPTO DE LA UNIVERSIDAD

Como alma, como cuerpo,
como técnica y como
organización

(PARA "LA NACION")

Buenos Aires, Octubre de 1939.

CONCEPTO DE LA UNIVERSIDAD

COMO ALMA Y COMO CUERPO

Por Bernardo A. Houssey

(Para "La Nación")

Buenos Aires, octubre de 1939.

La Universidad tiene por función crear los conocimientos, propagarlos y formar los hombres dirigentes de un país. La función primera es, pues, la de crear los conocimientos para que luego puedan enseñarse. Los problemas a resolver son y seguirán siendo infinitos, y corresponde su aclaración a la Universidad, como centro superior del conocimiento. Por esas razones la investigación es la característica esencial que distingue a una facultad o escuela o instituto universitario. Un centro que no investiga puede ser una escuela técnica o de arte u oficio, pero no es verdaderamente universidad aunque ostente ese título.

En virtud de lo cual no son verdaderamente universitarias sino técnicas las escuelas industriales o politécnicas, etc. No son tampoco universitarias sino auxiliares de la Universidad, las escuelas donde se aprenden oficios o técnicas conocidas, pero que no hallan los nuevos conocimientos ni investigan problemas, como son las escuelas de parteras, enfermeras, contramaestres, masajistas, auxiliares de laboratorio, etc.

Otra función esencial de la Universidad es formar la clase dirigente de una nación, o sea los hombres cultos y educados, que se distinguen por su manera más acertada de hallar, plantear y resolver los problemas, y por su amor por las cosas bellas y elevadas.

La función social de la Universidad es, pues, múltiple. Debe crear y difundir ampliamente los conocimientos cada vez más perfectos que se alcancen por la investigación. Debe preparar profesionales que apliquen, experta y razonadamente, técnicas y métodos útiles a la sociedad, y que sean capaces de seguir atentamente el adelanto de sus profesiones durante toda su vida. Y, sobre todo y ante todo, debe formar los hombres más sobresalientes de la sociedad, por su cultura general y su preparación, su aptitud de comprender, su decisión y capacidad; hombres de acción inteligente, realizadores, pero no impulsivos o intuitivos.

Una universidad americana debe desarrollar en sus graduados el fervor por servir el bienestar y adelanto de sus semejantes; el espíritu de libertad intelectual y de tolerancia, que es la conquista más preciada que ha alcanzado la humanidad y que es la esencia de la civilización; por fin el espíritu democrático, basado en la justicia, que permite que cada hombre pueda alcanzar sus aspiraciones legítimas, siempre que contribuyan a mejorar moral, intelectual y materialmente a sus semejantes. Una verdadera democracia es la que asegura que las posiciones dirigentes sean ocupadas por los más capaces y más rectos, no por los más audaces ni por los que compran las voluntades mediante la venalidad o la corrupción. Pero no olvidemos que los más capaces constituyen por su número la minoría.

La Universidad debe formar hombres de acción y de iniciativa, con sanos principios morales, decididos a mejorarse vinculando indisolublemente el progreso propio con el colectivo.

Debe considerarse defectuosa la universidad cuyos graduados no sienten cariño por los estudios cursados, rompan los programas o libros después del examen, procuren rehuir el ejercicio profesional, no tengan iniciativa o voluntad; o que se dobleguen a las injusticias de los caudillos prepotentes.

El vulgo reconocidamente ignorante y el que pasa por ilustrado, suele creer que las ciencias están en gran parte acabadas y que se va a la Universidad a llenar un casillero intelectual con los conocimientos actuales, que cree definitivos. Este serio error gravita pesadamente sobre todos los grados de la enseñanza; lleva a multiplicar los cursos teóricos, a dividir las cátedras debilitándolas, a infiltrar un enciclopedismo estéril y superficial, y a aplastar la inteligencia en lugar de armarla. Por eso conviene evitar y combatir persistentemente ese concepto erróneo; para llegar algún día a desarraigarlo totalmente.

A la Universidad se va para aprender los métodos mejores, más acertados y seguros que permiten instruirse durante toda la vida. Un universitario está obligado a estudiar durante toda su existencia. Al cumplir sus bodas de plata con la profesión de químico, físico, médico o naturalista, serán tantos y tan trascendentales los adelantos realizados desde que recibió su diploma, que quedará convertido en un ignorante peligroso aquel que no haya asimilado constantemente por la experiencia y la meditación y por una lectura asidua de buenos libros y de revistas, los cuales, como se sabe, reflejan la vida actual de las ciencias.

Es conveniente que la Universidad proporcione todas las enseñanzas posibles, pero no debe sacrificar la profundidad a la cantidad. Es mejor enseñar muy bien en un número limitado de buenos institutos que en numerosas pseudo cátedras, débiles y estériles.

La Universidad debe ser el centro cultural de la Nación, donde en una atmósfera moral y de sano idealismo, se formen espíritus selectos y se elabore el progreso intelectual y ético por medio del cultivo de

la filosofía, las ciencias, las artes, las profesiones clásicas y las nuevas que vayan exigiendo el adelanto técnico y la necesidad social.

La Universidad debe estudiar y enseñar con profundidad todas las actividades superiores del pensamiento, en forma desinteresada, por sí mismas y por diversas que sean. Si se limita como hasta ahora a unas pocas profesiones, corre el peligro de caer en la rutina y en el aislamiento de las escuelas, y de no prestar atención a las preocupaciones intelectuales más elevadas, que forman la esencia misma de la cultura superior del mundo civilizado.

En las grandes universidades se cultivan las disciplinas desinteresadas y fundamentales, por amor a la verdad y para armar la inteligencia. Por eso sus escuelas fundamentales son las de filosofía, ciencias y letras.

El cultivo de la filosofía es la base del conocimiento humano organizado. Una universidad donde no se enseña la filosofía es notoriamente incompleta. Para comprender su alcance y jerarquía nos basta recordar el prestigio que da al Uruguay el profesor Vaz Ferreira y su influencia como maestro de la vigorosa intelectualidad uruguaya y de muchos pensadores sudamericanos.

Podrá discutirse si las facultades de Filosofía, Ciencias y Letras deben funcionar independientemente o agrupadas. Por mi parte, creo que deben estar unidas lo más posible, formando una sola facultad o, si están separadas administrativamente, deben estar próximas intelectual y materialmente. Esas facultades son el eje de una verdadera universidad superior, que no puede ser un simple conglomerado administrativo de escuelas independientes que se desconocen.

Para demostrar que está reconocida esta unidad basta observar que en Alemania y en los Estados Unidos, los doctores en química, física, etc., se llaman doctores en filosofía. Recordaré que en Inglaterra algunas de las grandes cátedras de física se llaman de filosofía natural.

Las grandes universidades privadas, no sectarias, suelen alcanzar un nivel intelectual y moral mucho más elevado que las universidades del Estado, como se observa bien en los Estados Unidos y en Inglaterra. Es que las primeras tienen un móvil idealista que es mantenido celosamente por sus miembros y graduados. En cambio, las universidades del Gobierno, según consenso general en los propios países, no están a cubierto de los embates de la política externa, que procura aumentar el número de los que ingresan, rebajando las exigencias de su selección; aumentar los períodos de exámenes, dándoles una importancia excesiva; disminuir la calidad de la enseñanza y por fin, introducir los métodos subalternos de la baja política de comité en el gobierno de las facultades y la elección de los profesores.

Las ciudades universitarias

Según hemos visto, la universidad tiene por fin dar no sólo instrucción, sino especialmente una educación que permita el desarrollo integral de las aptitudes intelectuales, morales y físicas del individuo para su más conveniente preparación para la vida. Los universitarios deben aprender las técnicas y principios de algún grupo especial de conocimientos y además adquirir una cultura general.

Estas aspiraciones sólo pueden lograrse íntegramente en las ciudades universitarias, ampliamente experimentadas en las naciones más avanzadas del mundo. Sólo en ellas se desarrolla en forma completa la atmósfera moral, la comunión de ideales y las vinculaciones fraternales para toda la vida. Reina en ellas un espíritu que domina a todos sus miembros y los guía en su conducta, sus ideales, su afán por el adelanto de la universidad y del propio país.

Nuestras actuales universidades son aglomeraciones de facultades e institutos, que sólo tienen en común un consejo, un rector, una contaduría y un presupuesto, pero no son verdaderas unidades universitarias.

Las ciudades universitarias no son simplemente monumentos arquitectónicos, sino que están representadas por la centralización y sistematización de los servicios en un único "campus".

La convivencia y los ideales comunes constituyen la fuerza de cohesión entre todos sus alumnos y sus profesores. Se produce un intercambio intelectual contínuo entre hombres selectos y de ideas variadas, que permite adquirir nociones fundamentales depuradas de otras ciencias y aporta así ideas nuevas a la disciplina que se cultiva especialmente. En Alemania o en los Estados Unidos un abogado no es un ignorante completo en biología o química o medicina, como pasa a menudo entre nosotros. Ni un médico desconoce la física, astronomía, botánica o literatura, como vemos con frecuencia. La convivencia despierta el respeto recíproco, la ayuda mutua y por fin, amortigua la feroz suficiencia y vanidad del especialista limitado, que vemos a diario y que es tan dañina.

En la ciudad universitaria son más fáciles la cooperación y las consultas entre profesores de diferentes escuelas. Se consigue una centralización didáctica, económica y administrativa. Así la física y la química o la fisiología se cursarán cada una en un instituto único, con pocos profesores, y no pasará como en algunos países nuestros, en los que hay varias docenas de profesores de física y de química en una sola universidad. Bien es cierto que todos ellos juntos no pueden realizar una labor comparable a la del instituto único de Berlín, Munich, Harvard o Chicago, porque éste está organizado con profesores "full time", que imparten una enseñanza basada en la investigación individual y dirigida por investigadores en actividad.

Desaparecerán así los curiosos y lamentables espectáculos de rivalidad de dos o tres escuelas distintas, de una misma universidad, que crean cátedras en competencia, para que sus propios graduados luchen profesionalmente contra los graduados de la otra escuela.

Interesa mucho a la cultura general que los estudiantes de una facultad puedan seguir algunos cursos en otra. Esto se logra en una ciudad de los estudios.

En la ciudad universitaria se consigue en condiciones óptimas la centralización bibliográfica en una gran biblioteca general y bibliotecas departamentales, que están al alcance de todos, evitándose así el desorden, el derroche, las duplicaciones y las insuficiencias de las bibliotecas múltiples, mal coordinadas y alejadas unas de otras.

Por fin, se establece la centralización del deporte, que debe cultivarse en la universidad para obtener hombres desarrollados integralmente, sanos de cuerpo y de espíritu.

Lo reducido del espacio de que dispongo me impide desarrollar este tema en toda su extensión, pero a los que interese especialmente les recomiendo la lectura del libro de mi eminente amigo el profesor Ernesto de Souza Campos "Estudios sobre el problema universitario" 1939, Sao Paulo. Debo recordar que el Brasil ha planeado ya las ciudades universitarias de Río de Janeiro y de Sao Paulo.

El problema de la ciudad universitaria, como todos los de la universidad, hay que plantearlo en sus términos exactos. Consiste en formar hombres cultos y capaces y ayudarlos en sus investigaciones. Hombres y no sólo ladrillos y aparatos. No tendremos las primeras facultades del mundo porque les construyamos los edificios más grandes. Lo serán cuando lleguen a producir los más grandes descubrimientos, tengan los mejores investigadores y formen los graduados más capaces.

Aun en escala más reducida e imperfecta que una Ciudad Universitaria, saben los entendidos que un centro médico moderno, completo, sólo es posible en varias hectáreas de terreno, como puede verse realizado en Columbia. Harvard, Cleveland, etc., y como ha planeado Montevideo en el Parque de los Aliados.

La investigación

Hemos dicho que la primera y principal función de la Universidad es la investigación, o sea la búsqueda permanente de la verdad. En efecto, las ciencias están en incesante progreso y perfeccionamiento debido a la investigación. La potencia de un país, y en cierto grado su independencia, dependen de su continuo adelanto técnico mantenido por la investigación permanente. Un país técnicamente débil no es una potencia poderosa. No hay más que dos posiciones, ser independiente e ir a la par de los mejores por medio de la investigación: o bien ir remolcado, en situación subordinada, dependiente y tributaria de los demás.

La potencia rápidamente adquirida en pocas decenas de años por Alemania, los Estados Unidos y el Japón, se debe a la investigación desarrollada en sus universidades y centros culturales.

En estas grandes naciones se ha hecho carne, aun en la masa del pueblo, la necesidad de la investigación como base de todo progreso, al punto que cualquier obrero o campesino tiene conocimiento y el mayor respeto por el "research work", contrastando esto con la circunstancia que muchos de nuestros universitarios no comprenden que la labor de investigación constituye una actividad por sí misma, aun aparte de las que realicen los docentes y profesionales.

Los investigadores no se improvisan, es necesario formarlos paciente y cuidadosamente. Su cultivo es lento y delicado, comparable al de las plantas más delicadas y preciosas. Deben formarse en contacto con los hombres más capaces del mundo y en los mejores ambientes.

Sólo el profesor que es un investigador puede tener un juicio propio de lo que enseña, a la vez que capacidad de estimular y dirigir las inteligencias jóvenes ávidas de progreso, conservar la pasión por el estudio y el adelanto científico a través de los años, como vemos en Europa y Norteamérica en maestros de 70 y 80 años.

Investigar no es encontrar una infinidad de hechos fragmentarios, como quien junta granos de arena. Sólo hay ciencia de lo general, no de los hechos, sino de su significado. La ciencia está en determinar los fenómenos con precisión, estudiarlos con perseverancia, y, por fin, encontrar y demostrar principios nuevos lo más amplios y generales que sea posible. x

Algunos pretenden que hay que hacer investigación, aunque sea hacer mal, pero hacer. Discrepo, completamente de ese modo de ver, pues he observado que si es malo no hacer estudios científicos, mucho peor es hacerlos mal. Es necesario hacer bien lo que se haga y hacer las cosas pequeñas con el mismo afán que si fueran grandes. No se deben hacer concesiones en lo que se refiere a la calidad de los trabajos; sea grande o pequeño el tema, es preciso que estén bien realizados. Las malas escuelas son luego difíciles de desarraigar, y aquí, como en todo, es mejor prevenir que curar.

Está de moda hablar de investigación, pero a menudo no se entiende lo que significa, o bien se le profesa un amor platónico. La prueba de que no se le concede su debida importancia es que son raras las posiciones "full time" en nuestros países y que se tropieza con toda clase de obstáculos para que la Universidad o el Gobierno asegure estas posiciones a los jóvenes investigadores abnegados. Repito una vez más que no es un principio moral y decente querer tener investigadores por el heroísmo y sacrificio de algunas excepcionales voluntades ferreas. Un país previsor no puede vivir de milagros o de santos.

Algunos creen que es fácil investigar, que basta erigir grandes edificios, comprar aparatos por catálogo, tener mucho personal, publicar anualmente tomos voluminosos con muchas figuras y poca o ningun-

na originalidad. Pero eso no es investigación; ésta depende de los hombres preparados y de experiencia, con producción original. Por desgracia su labor no es aún comprendida debidamente en nuestros países. Lo que vale es el hombre, no los edificios, como valió el pájaro cantor y no su jaula, será inútil poner gorriones en jaulas de oro, no cantarán como canarios o ruiseñores.

Es imposible hacer investigaciones originales sin conocimientos básicos previos. Un médico no puede descubrir nada nuevo si no aplica a sus observaciones los métodos de la química y la física, y la fisiología que las estudia en los seres vivos.

La investigación eleva el nivel intelectual y el sentimiento moral de las escuelas, y es fuente de los progresos que acrecientan el bienestar de nuestros semejantes.

CONCEPTO DE LA UNIVERSIDAD COMO TÉCNICA Y COMO ORGANIZACION

La enseñanza debe ser individual, activa, objetiva y razonada (1). Debe desarrollar la aptitud de observar, razonar y comprender por sí mismo. Debe ser guiada de tal modo que el alumno redescubra y comprenda y decida por su propio juicio.

En las materias científicas esa enseñanza debe ser práctica, basada en la observación e interpretación de los fenómenos fundamentales. No debe consistir solamente en aprender las técnicas, que son importantes, pero cambiarán más tarde, sino en una educación que ejercite el razonamiento y la capacidad de encontrar, comprender o justipreciar con acierto los nuevos principios o técnicas.

La enseñanza debe formar el carácter, desarrollar la iniciativa y la capacidad de acción. Los profesores que son investigadores son los que estimulan más tales aptitudes. Se explica así que Banting, recién graduado, y Best, aun estudiante, descubrieron la insulina en el laboratorio de un Macleod.

El insuficiente desarrollo del espíritu de investigación durante la enseñanza explica que muchos médicos han dejado sin plantear o resolver problemas sanitarios urgentes tales como la mortalidad infantil, la tifoidea, el paludismo, la tripanosomiasis.

El profesor es responsable de la formación de las nuevas generaciones, que representan el futuro del país.

Los más grandes profesores son investigadores en actividad. Sus vistas son más amplias, sus conocimientos mejor asentados, su ejemplo y

(1) Véase "La Nación" del 23 de octubre de 1939

su autoridad inspiran más a los jóvenes. Naturalmente que deben tener vocación por la enseñanza, altruismo y gusto en tratar con las mentes jóvenes. De lo contrario, si carece de estas cualidades, un investigador no deberá ser profesor.

El profesor no debe elegirse por sus piezas oratorias, que suelen ser recitaciones de memoria. Pudiera suceder que un buen alumno elocuente diera una clase aparentemente más brillante que la de un Pasteur o Ramón y Cajal, dándole un tema con 24 horas de anticipación. Pero ante un problema científico real, la diferencia sería inmensa a favor de dichos sabios.

Es propio de un estado de inmadurez intelectual computar los méritos por el número de publicaciones, el volumen de los libros, la cantidad de bonitas figuras, o el número de clases recitadas. Los títulos que valen de veras son: la originalidad de los descubrimientos, el juicio crítico, la perfección de las demostraciones, la claridad y precisión de los escritos.

Debe elegirse como profesor al hombre que hace estudios más originales y que forma los mejores discípulos. Esto último es importante; por ejemplo, es mejor elegir como profesor de cirugía al hombre que prepara los cirujanos más capaces y no al brillante orador o aun al cirujano hábil que no tiene tan buenos alumnos. Por la calidad de los discípulos puede apreciarse al maestro.

El profesor debe ser un ejemplo por su conducta profesional y personal, su cumplimiento del deber, su espíritu de justicia. Debe ser estudioso y original, organizador, laborioso, investigador, capaz de estimular a los jóvenes.

Cuanto más civilizado es un país más se respeta el **ius ubique docendi**, es decir que un profesor capaz debe tener el derecho de enseñar en cualquier escuela de su país. El impedir a un físico o fisiólogo que enseñe en una escuela porque no es farmacéutico o agrónomo o ingeniero es un signo de atraso y de falta de verdadero espíritu universitario. El no nombrar al mejor candidato para una cátedra, porque es de otra ciudad es una muestra de espíritu de clan o de tribu, impropio de una universidad de primera clase, y que no sería concebible en los Estados Unidos, Alemania o Gran Bretaña.

Uno de los errores más graves es improvisar o multiplicar las llamadas cátedras, que sólo lo son de nombre, sin recursos para el trabajo, con profesores sin la suficiente madurez ni prestigio, careciendo de la orientación, tiempo, materiales, información y conocimientos necesarios para investigar con fruto o dar una enseñanza al día. Demasiadas cátedras indican desorden en la enseñanza, menos investigaciones, más despillarro.

La tendencia de los más grandes y adelantados países es tener menos cátedras o institutos, pero bien organizados, con dotaciones convenientes, bibliotecas adecuadas, actividad permanente de calidad superior, y con dedicación exclusiva de sus profesores.

Un instituto universitario estará formado por un profesor con cuatro a ocho auxiliares especializados, y unos 50 a 100 alumnos. El profesor y sus ayudantes deben estar dedicados exclusivamente a la investigación y a la docencia, trabajando en cooperación e intercambio diario, enseñando su especialidad y no cursos teóricos largos y complejos. Sin tales condiciones no existe un verdadero instituto universitario, aunque ostente ese rótulo.

El estudiante debe recordar que la colectividad le concede un privilegio al costearle la mayor parte de los gastos de sus estudios, y al acordarle un diploma que involucra una serie de derechos y beneficios. Pero en reciprocidad está obligado a prepararse bien en los principios y técnicas de su profesión, debe estar seguro de su vocación para servirla y para estudiar durante toda la vida. Debe tener principios morales: el honor de su profesión, el respeto a la libertad de pensamiento, la noción del deber de servir a sus semejantes, cultura general, aspiraciones elevadas.

Limitación y selección de los alumnos

Existen grandes universidades con varios millares de alumnos, pero que limitan el número de los inscriptos en sus escuelas técnicas. Por ejemplo, en los Estados Unidos una escuela de medicina suele tener entre 200 y 400 alumnos, aceptando en primer año una inscripción que va de 29 a 151, siendo en 1939 de 81 alumnos el promedio de sus 76 escuelas.

Esta limitación del número de alumnos se ha hecho general en casi todo el mundo. Son raros los países que, como los del Río de la Plata, no la han establecido aún. Hagamos la salvedad que existe en la Facultad de Medicina de La Plata. También se ha implantado en el Brasil y en Chile.

Esta medida es hoy la base de todo plan de enseñanza moderno. Las razones que la imponen son docentes, éticas, económicas y sociales.

La razón docente es que la enseñanza debe ser individual, práctica, desarrollando la capacidad de observación y el raciocinio propios, en contacto con los profesores; ella sólo puede darse a un número de alumnos limitado por la capacidad docente de las escuelas. Esta capacidad depende de los locales, sitios de trabajo, recursos, personal docente.

Las razones éticas son varias. En primer lugar la Universidad concede diplomas de ejercicio profesional y la sociedad supone que los graduados deben tener la debida competencia. En realidad, al aceptar masas a las que no se puede enseñar bien, se comete engaño contra la sociedad, que confía en el valor del diploma; se incurre en un engaño contra el alumno, porque se le acepta para enseñarle bien y no se le prepara debidamente; se comete una falta contra los ideales

universitarios que deben ser de previsión y verdad. Además, el alumno rezagado se desmoraliza y pierde confianza en sí mismo, cuando la realidad sería útil en otra profesión para la que tenga aptitudes o vocación.

La Universidad tiene la obligación de dar la mejor enseñanza posible a los más aptos, pero es inmoral enseñar menos bien a todos, sacrificando los mejores alumnos a los ineptos y rezagados.

La razón económica es que los recursos que concede la sociedad deben usarse debidamente y no malgastarse en malos alumnos y en enseñanza mediana, cuando pudiera darse buena.

Se objeta que la limitación no es democrática, pero se olvida que existe en casi todas las grandes democracias del mundo. Es que en una democracia cada uno tiene el derecho de llegar a cualquier puesto, si tiene idoneidad; del mismo modo todos tienen derecho a aprender, pero si alguno sigue una carrera profesional está obligado moralmente a aprender bien y a servir el interés colectivo. No comparto la idea de que se tenga el derecho de ser un mal estudiante.

No trataré el problema social de la plétora profesional. Pero haré presente que ella rebaja el nivel moral y constituye un peligro. También deseo rectificar la inexactitud, a menudo formulada, de que la plétora aumentará el número de investigadores. Estos deben reclutarse entre los mejores y más capaces y no serán eficaces si se buscan entre los ramplones y fracasados.

Tampoco es cierto que la miseria engendre los sabios; éstos llegan a serlo a pesar de la riqueza o la pobreza, cuando tienen el fuego sagrado, la inspiración e idealismo, la voluntad y la disciplina mental, imaginación y método, amor a su patria y al progreso humano.

La única objeción que puede formularse a la selección y limitación consiste en la dificultad de realizarlas con estricta justicia en países donde el favoritismo y la presión política o social pueden llegar a hacerse sensibles.

El principio de la limitación y selección ha sido aprobado en la Segunda Conferencia Sudamericana de Pedagogía Médica, celebrada en Buenos Aires el 16 de julio de 1926 (2). La resolución aprobada es la siguiente:

"Debe limitarse el número de alumnos de las Facultades de Medicina a la capacidad escolar de las escuelas, de tal modo que reciban instrucción práctica y educación médica individual, bajo dirección competente. Las Facultades de Medicina deben seleccionar los candidatos a ingreso que reúnan las condiciones físicas, intelectuales y morales necesarias para seguir con eficacia los estudios médicos".

(2) Houssay B. A. "Limitación y selección de los alumnos de las Facultades de Medicina". "Semana Médica", 1926, Nº 37, 707; actas Tercer Congreso Nac. Med. Bs. As., 1926, 7, 1095.

Una declaración semejante ha sido votada en el Primer Congreso Internacional de Biología, celebrado en Montevideo en octubre de 1930, después de considerar un trabajo del Dr. E. A. Molinelli sobre la enseñanza de la medicina en los Estados Unidos (3).

La dedicación exclusiva

El porvenir científico de nuestras universidades depende de la implantación del "full time". Esta palabra inglesa, que debe traducirse por tiempo integral o completo, significa la dedicación exclusiva a las tareas universitarias. Debe considerarse la de los profesores, de los auxiliares y de los alumnos (4).

Está universalmente aceptado que conviene que tengan dedicación exclusiva a la enseñanza y a la docencia los profesores de materias básicas, fundamentales y científicas. Esto se impone porque el profesor es responsable de la enseñanza teórica y práctica, debe estimular y dirigir a los investigadores, tiene que organizar y administrar, estudiar, cuidar de sus experimentos o sus enfermos. Todas estas tareas son largas y absorbentes.

Para que el "full time" sea verdadero es necesario concentración mental, tranquilidad, estar a salvo de angustias económicas; no estar aplastado por tareas burocráticas, demasiadas clases o comisiones oficiales, encontrar un ambiente intelectual estimulante, disponer de recursos suficientes (instrumentos, drogas o animales) y de una biblioteca al día. Esto último es fundamental, y basta ver que una biblioteca universitaria no esté al día para poder afirmar que esa universidad no es un centro de investigación activo.

La dedicación exclusiva es útil, pero no indispensable en algunos casos, por ejemplo en las materias clínicas. No es deseable en algunos casos; por ejemplo los directores técnicos de ferrocarriles o puertos o radiotelefonía pueden a veces ser los mejores profesores de dichas materias.

Por mi parte pienso que la dedicación exclusiva en las materias básicas es imprescindible; los que no la tienen son excepciones anacrónicas, y todas las cátedras llegarán a ella. El no tenerla es una situación de atraso, que conspira contra el progreso docente y científico de las escuelas.

Hay un "full time" falso; el de aquel que sin otra tarea no concentra todo su esfuerzo mental a la cátedra y se dedica a otras cosas. Hay un "full time" incompleto, que consiste en enseñar una sola ma-

(3) Ver Molinelli E. A., "La Semana Médica", 1931, Nº 35.

(4) Ver Houssay B. A. Actas Tercer Congreso Nac. Med., 1926, 7, 1057; "Semana Médica", 1926, Nº 33, 450.

teria, pero con varias cátedras, lo que permite concentrar mucho más el esfuerzo, pero produce fatiga y desorden en el horario de trabajo.

Es natural que los beneficios del "full time" se obtienen cuando éste se aplica a hombres inteligentes, con capacidad de acción, laboriosidad y pasión científica, con verdadero fervor de apóstoles.

He conocido algunos hombres lentos o tímidos o indecisos o mediocres que decían aspirar al "full time". Pero en su espíritu sólo significaba un sueldo fijo y el evitarles la obligación de luchar o trabajar áspidamente. De tales "full time" no necesita la Universidad ni una nación en marcha ascendente.

El futuro científico de un país depende enteramente de que existan posiciones "full time" para los auxiliares de las cátedras. Es necesario que se formen por un esfuerzo disciplinado, intenso y bien dirigido. No se mantendrá un profesorado cada vez mejor si no se establece la dedicación exclusiva de sus principales colaboradores. Antes y después de enviarlos becados al extranjero debe dárseles situación "full time".

A pesar de nuestro intenso esfuerzo, son aún pocas las posiciones "full time" que existen en nuestras universidades. Hasta hoy no hemos conseguido el esperado apoyo de las autoridades universitarias o gubernativas, que aun no han comprendido debidamente la trascendencia del "full time". Y, sin embargo, es un método de eficacia probada en las naciones más avanzadas, y que no necesita sino aplicarse para rendir sus beneficios seguros.

Hace algunos años que la dedicación exclusiva se va generalizando felizmente en la América del Sur; existe en la Facultad de Medicina de San Pablo y en varias de las cátedras de fisiología, farmacología, anatomía normal, anatomía patológica e histología de nuestro país.

También los estudiantes debieran tener dedicación exclusiva. A ello tendrá que llegarse en la América del Sur como se ha llegado en otras partes. Desde ya es útil dar becas a los buenos alumnos para que no se distraigan con otras tareas o puestos.

La Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires, en resolución del 7 de septiembre de 1932, votó por unanimidad la siguiente declaración en favor del "full time":

"Para el progreso de la medicina argentina es absolutamente esencial que las escuelas médicas procuren organizar los institutos o laboratorios de las materias básicas con orientación científica, dotándolos de asignaciones y recursos que permitan a sus profesores dedicarse exclusivamente a la investigación y a la docencia".

Las becas de perfeccionamiento

El único camino para formar rápidamente un ambiente cultural y científico serio consiste en elegir a nuestros jóvenes más capaces e

idealistas y enviarlos becados a trabajar con los hombres más sobresalientes del mundo en su respectiva especialidad, para que en su contacto adquieran o completen su educación y disciplina intelectual.

Para que las becas de perfeccionamiento rindan los resultados deseables, deben tenerse presentes tres condiciones: buena selección, trabajar en un solo sitio bien elegido y das posiciones adecuadas al becado cuando vuelva.

Una larga experiencia, fruto del contacto con más de treinta becados, me ha demostrado que, salvo rara excepción, sólo proporcionan resultados enteramente satisfactorios los hombres previamente preparados y disciplinados en el país antes de enviarlos al extranjero.

El becado debe trabajar en un solo sitio y no en varios; trabajar y no pasear. Se lo envía, no sólo para aprender técnicas, que pronto serán superadas, sino para que adquiera una educación intelectual y ética en contacto suficientemente prolongado con espíritus selectos originales para que mejore su inteligencia, aprenda orientaciones y métodos de trabajo, para luego trasplantar todo eso a su vuelta, creando focos de progreso y renovación, donde se realice trabajo serio y original.

Los becados deben quedar en tales sitios durante uno o dos años. Más de dos años y medio es peligroso, porque puede perderse el contacto con su ambiente y ser necesaria una reaclimatación laboriosa a la vuelta, según he podido ver.

Sobre este punto he publicado un trabajo en "La Nación", hace meses, que ha sido editado en un folleto por la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, y que puede ser consultado fácilmente, lo que me exime de repetirlo.

Hay varias clases de becas externas: 1ª, para recién egresados universitarios distinguidos; 2ª, para aprender oficios o profesiones técnicas, etc. Pero es indudable que las más importantes son las becas de perfeccionamiento para los hombres que parecen ser promesas de que serán dirigentes en la enseñanza o investigación. Estos hombres, con preparación previa, trabajarán no menos de un año en un sitio prefijado, con un gran maestro en plena actividad. Es necesario elegirlos, no por el brillo aparente, sino por su laboriosidad, método, espíritu crítico, originalidad y capacidad de realizar. En los países nuevos se necesitan hombres que trabajen con pasión, con verdadero fervor de apóstoles, y que sean a la vez capaces de pensamiento sereno y de acción realizadora.

Las becas internas pueden ayudar transitoriamente a los que vuelvan después de usufructuar una beca externa. Pueden permitir que se perfeccionen los conocimientos en un instituto científico de otra ciudad y excepcionalmente la misma. Pero deben ser con dedicación exclusiva y para hombres que parecen ser promesas para el futuro.

Otras becas internas pueden ser dadas a hombres capaces que

desarrollan una obra original para que puedan continuar y ampliar sus investigaciones.

Un grupo de becas de gran alcance son las que se deben acordar a los jóvenes sobresalientes, que carecen de recursos pecuniarios. Una verdadera democracia debe aprovechar sus hombres más capaces, dar oportunidades a los más aptos para que sean útiles a la sociedad. Estas becas podrían ser costeadas por asociaciones, colegios, municipios, instituciones privadas, etc., y no sólo por el Gobierno.

También es útil el año sabático, que se concede en muchas universidades norteamericanas. El profesor recibe un año de licencia cada siete, para viajar y perfeccionar sus conocimientos en otros países.

Por fin, anhelo ardientemente la institución de becas de intercambio entre los países sudamericanos en forma permanente y organizada.

En nuestro país existen numerosos sistemas de becas, muchas de ellas oficiales. Existen las 10 externas y 10 internas de la Comisión Nacional de Cultura, las 4 a 6 externas y 2 internas de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, las del Ministerio de Instrucción Pública, varias de las universidades, academias, sociedades, instituciones culturales extranjeras, etc.

La pluralidad de sistemas es ventajosa por muchas razones, entre otras porque hay necesidades variadas de instituciones muy diversas y que sólo cada una de ellas conoce; hay, además, ventaja en ensayar diferentes métodos y tendencias; los varios sistemas de becas existentes establecen en algún grado un espíritu de emulación que resulta ventajoso; por fin, si algún sistema llegara a fracasar, siempre se conservarían intactos los demás.

Los premios

Existen y se siguen fundando premios a la producción científica. En muchos casos significan una ayuda o recompensa moral y material al trabajo desinteresado. Sé de algunos investigadores que deben a ello el poseer casa propia o costear las ediciones de sus obras. Alguna vez mueven al trabajo a jóvenes que en contacto con la ciencia se apasionan por ella. En pocas palabras, creo que algunos premios son ventajosos y conviene mantenerlos. Sin embargo, en principio, trabajar por conseguir un premio no es una aspiración digna de alabanza. Los premios pueden excitar la codicia o la vanidad. En mi opinión, infinitamente mejor que crear un premio, es establecer becas externas o internas o bien posiciones "full time" para trabajar, o también costear una investigación. Veo frecuentemente malograrse hombres que son promesas porque el Estado o los particulares no comprenden aún que las posiciones "full time" son las que nos darán los hombres sobresalientes que necesitamos.

Los principios morales

En una universidad debe reinar un ambiente superior, moralmente limpio, inspirado en ideales superiores. Los jóvenes necesitan estímulos elevados, ejemplos, formación adecuada, oportunidades para probar sus fuerzas. Sin estas condiciones no hay ni habrá una gran universidad, cualquiera que sea el número de sus alumnos, la cantidad y riqueza de sus edificios y el monto de sus presupuestos.

En la universidad importan tanto los medios como el fin. Los hombres de mala conducta tienen siempre imitadores mientras los acompaña el éxito. Las malas semillas germinan y cuesta desarraigar sus productos.

Cooperación interamericana

Una de mis preocupaciones más intensas es el ferviente anhelo de estrechar las relaciones culturales entre las naciones americanas. Este intercambio es fuente de amistad sincera y comprensión mutua entre las clases dirigentes de diversos países. Nos unen un origen histórico común, la misma lengua rica y armoniosa y un destino solidario.

La experiencia y los progresos de cada uno son fuente de enseñanza y emulación para sus vecinos. Una misma reputación internacional nos une y nos vincula.

Por todas estas razones he tenido siempre profundamente arraigado el concepto de que debemos estrechar cada vez más nuestro contacto intelectual y conocernos debidamente. Y siempre he tenido por lema que debemos mirar los adelantos y las glorias de cada nación hermana como si fueran propios, deseando ardientemente su progreso y haciendo todo lo posible para ayudarlo como si fuera el nuestro.





